



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Por la vida... hasta la vida misma

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 26,14-27,66 (Domingo de Ramos - Ciclo A – 9 de abril de 2017)



Llegamos al final del camino que nos conduce a la Pascua. Durante estos 40 días hemos experimentado cómo el encuentro con Jesús nos transforma y nos abre a dimensiones insospechadas de amor, de servicio, de entrega, de compromiso por la justicia, de solidaridad, etc. Para ello, con la ayuda de Dios y de la comunidad que nos interpela y nos llama a la conversión, hemos abierto grandes espacios en nuestro corazón para que en él renazca y se fortalezca

la llamada a ser hombres y mujeres capaces de vivir a la manera de Jesús y comprometidos con la construcción del Reino. La Cuaresma que hoy termina, como lo hemos expresado en otras ocasiones, tenía un objetivo claro: ayudarnos a volver a Jesús, a crear las condiciones de posibilidad para que, venciendo a la muerte, inauguremos con Jesús resucitado, el sí definitivo de Dios por la vida.

La celebración del domingo de Ramos, con el que iniciamos la Semana Santa y el inicio del camino de la Pascua, me sugiere estas reflexiones:

La entrada triunfal de Jesús. El primer momento de la celebración nos recuerda la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. El pueblo, que ha alimentado de alguna forma la expectativa que Jesús es el Mesías anunciado por los profetas y el que vendrá a liberar a Israel del yugo opresor romano, lleno de emoción y entusiasmo, alfombra el camino con ramos de olivo y grita a voz en cuello “hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor”. Es un signo de reconocimiento y acogida que nace de la fe sencilla de los hombres y las mujeres que han puesto solo en Dios su confianza.

Entra a Jerusalén para morir. El segundo momento de la celebración, centrada en la contemplación de la pasión, nos revela una gran paradoja. Pasada la euforia de los ramos y los cantos de hosanna, es el mismo pueblo sencillo, el que, a la hora de la pasión, azuzado por los “líderes religiosos”, va a gritar enardecido: “¡crucifícalo!”. No entendemos el cambio de actitud, es más, 2000 años después, nos genera un cierto rechazo pues detrás de ese cambio vemos planeando las sombras de la traición.

Seguir al Jesús que congrega a cientos de personas para escucharle, que sana a los enfermos y resucita a los muertos no es difícil, de él queremos ser discípulos, con él queremos subirnos a la cresta de la ola para gozar de su fama y su prestigio. No obstante, seguir al Jesús que opta por un amor agachado, por un amor incondicional a los últimos y los desposeídos de la tierra, por un Jesús que sabe que el precio que hay que pagar por amar sin límite es la vida misma... no es fácil y nos cuesta.

A los contemporáneos de Jesús les costaba entender este nuevo modo de proceder de Dios: ¿un Dios sufriente? Eso es escándalo o necedad. Más tarde entenderán que detrás de la lógica del despojo, de la lógica de la entrega de la vida por la vida está el mensaje de un Dios amigo de los hombres, de un Dios que sigue apostando por la humanidad. El triunfo no está en llenar las primeras páginas de los periódicos o en el reconocimiento social. El triunfo, a la manera de Jesús, se obtiene cuando nuestra vida es entregada para amar, servir y comprometerse con los valores del Reino. Jesús entró triunfante a Jerusalén, sí, iba a triunfar porque lo iba a dar todo por amor.

La paradoja hoy. La paradoja de hace 2000 años se puede revivir hoy cuando alabamos y bendecimos a Dios en nuestros templos y en nuestras celebraciones pero pasamos de largo ante los nuevos crucificados de la historia. Cuando nos hacemos los ciegos o los sordos ante el clamor de las víctimas de la exclusión y de la injusticia, ante tantas personas que siguen siendo invisibles para este sistema que genera miles de empobrecidos cada día y, ante los preferidos de Dios seguimos, hoy como ayer, gritando al amanecer *hosanna* y al atardecer *crucificalo*.

La muerte de Jesús, en medio de esa dolorosa paradoja de la traición, la aceptamos y la conmemoramos con agradecimiento. Esa era la forma como se debía materializar la entrega de Dios por la humanidad caída y sufriente. Sin embargo, y aquí va mi propuesta, os invito, en este Domingo de Ramos, a levantar nuestra voz por todos los nuevos crucificados de modo que nuestro clamor en favor de la justicia, la inclusión, la paz, el respeto, la reconciliación y la VIDA rompa la paradoja de ayer y la vida de los últimos no escuche más el “crucificalo” sino el “hosanna” de la vida con dignidad que merecen. Que tanto al amanecer como al atardecer nuestro grito sea por el sí a la vida.

Pidamos para que el encuentro con Dios nos siga transformado y que nuestro hosanna sea un sí incondicional por la vida, aunque este sí, como a tantos hombres y mujeres de ayer y hoy, nos cueste la vida.